

10

CERRÉ SUS OJOS, AÚN ABIERTOS

Nota de los Editores:

Este texto, originalmente en francés, era el contenido de un sobre lacrado, amarillento y liso, que pasó inadvertido por el diplomático que recibió el baúl de Jean Contoux-Montalvo. Se trata de una suerte de carta dirigida a él por su madre, de la que Jean nunca quiso conocer su contenido. En ella se mencionan circunstancias que complementan las notas tomadas tan prolijamente por el doctor Agustín Yerovi.

Jean, hijo mío, lee esto con indulgencia, son cosas importantes que te interesan. Habrás oído decir mucho sobre las relaciones entre tu padre y yo. Unos se refieren a mí como su concubina, una querida, como una simple *midinette*, otros como su criada, «doméstica de toda su confianza» o «la muchacha que le servía y le cuidaba con adhesión casi filial», muy pocos han tenido en cuenta el calificativo que él me dio de «ángel de su guarda», que tanto repetía delante de cuantos lo visitaban. No debes avergonzarte de mí, mi buen Jean, fui su esposa, aunque ni del cielo ni de las autoridades recibiera yo esa condición. Lo fui por amor, porque el amor que sentí por Juan me hizo estar a su lado hasta el final y luchar con mis propias manos y mis pocas luces por su restablecimiento.

De Juan Montalvo recibí a cambio una ternura y un respeto que nunca volví a tener de nadie. He pasado por guerras crueles y por la más rotunda miseria, pero su recuerdo ha sido mi escapulario. No te avergüences de él ni de mí, mantén en alto la cabeza, siente el orgullo de

haber nacido de una relación en la que el amor fue la divisa. Él fue un hombre cabal, apasionado y cariñoso, y yo he combatido con mis limitados recursos contra el olvido de su nombre y de su inmenso amor. Uno de sus amigos españoles calificó nuestra casa, con justicia, como un «altar de amor» y, con razón, que yo era «una amante dama uncida a su existencia». Nunca pretendí de él joyas, ni finas telas, ni elegancias, ni la tibieza perfumada de las alcobas cubiertas de tapices, ni la suavidad de los colchones de pluma. Nunca necesité más que a él; su presencia colmaba mis deseos e ilusiones.

Delante de mí se derrumbaba aquel hombre de cuerpo espléndido, con aquella herida abierta en un costado, al que le hicieron, además, una operación en la garganta difícil y dolorosa. Era la sombra de aquel hombre alto y delgado, que usaba bigote poco tupido en un semblante simpático aunque algo grave y cuyos ojos negros brillaban bajo la ancha frente coronada por abundante cabellera. Ya no luchaba como en días atrás porque le cambiara la ropa interior, ahora era yo la que tenía que obligarlo a ello, pero con mis fuerzas y no las suyas, que habían desaparecido. Sus brazos estaban inermes y el afán por arreglarse los puños de la camisa era cosa del pasado. Se resistía a dejarse afeitar y lo hacía con una torpeza en él desconocida. No lograba tampoco peinar su pelo como solía hacer y aquella nube de rizos, ahora encanecidos, se disparaba en todas las direcciones posibles. Sus uñas estaban azuladas y por la comisura de sus labios se babeaba sin advertirlo; sus piernas heladas, también sus manos y sus brazos.

De muchos de sus compatriotas de entonces, de los cuales nada he vuelto a saber, pese a sus vanas promesas y falsas condolencias, quizás oigas o leas embustes de todo tipo y hasta perversidades nacidas de una imaginación enfermiza. Tu padre y yo estuvimos, durante los siete años que compartimos, por encima de todas las perfidias que en vida le propinaron y ahora tampoco tú debes

aceptarlas y mucho menos dejarte amedrentar. Te escribo al final de una vida en la que, como tú sabes, por haberla compartido, pocas veces disfruté de eso que llaman felicidad, como solía decir Juan.

Esas pocas veces fueron al lado de mi Juan, al amparo de su nobleza, humildad para conmigo y sueños. Un amparo que nunca me escatimó, ni siquiera después de muerto y que estoy convencida que llegará a ti con la misma generosidad. El día antes de su fallecimiento ocurrió que un pequeño gorrión vino a posarse durante un buen rato en la ventana junto a la cual Juan estaba sentado. Descubrí entonces una leve sonrisa en sus labios y en sus ojos una vivacidad que hacía mucho no pasaba por ellos.

Su última noche la pasó sentado, en un sueño apacible y sosteniendo entre las manos los claveles que me pidió que le comprara. Un sueño que vigilé minuto a minuto, porque presentía que era su manera de entrar en ese otro mundo que a menudo mencionaba con serenidad. Su respiración era más lenta y a intervalos abría la boca con desesperación, como queriendo atrapar un poco más de aire. Yo le había vestido con su mejor camisa de batista color perla con sus iniciales, le calcé sus botas nuevas de piel de búfalo y charol, le puse su más fino pantalón negro, un chaleco cerrado de fino paño azul oscuro, corbata negra amplia de lazo en forma de mariposa y el frac, como si se dispusiera a ir a una recepción solemne. Como en un susurro me advirtió que cuando vamos a cumplir un acto cualquiera de solemnidad nos engalanamos, lo mismo que cuando esperamos a algún personaje de cuenta y que ningún acto es más importante que el de abandonar la vida.

Cumplí así con sus deseos, con sus súplicas y con sus órdenes, pues decía que, ya cadáver, quería agrandar y no espantar a los que fuesen a verle. Una faena dolorosa en la que sacó a relucir en mi ayuda las pocas fuerzas que le quedaban. Tampoco quiso que le vieran de cuerpo pre-

sente desgredado y con la barba crecida. Fueron seis meses de sufrimiento y en medio de ellos dos operaciones horribles, que nada aportaron en su mejoramiento y mucho menos a su salvación.

Dios mío, ¿cómo podía yo aceptar que se apartara de mi vida aquel hombre siempre atormentado, que para mí sabía buscar palabras cálidas, hermosas, halagadoras en más de un sentido? ¿Qué me importaban sus lances eróticos con otras, si durante siete años compartí noche tras noche mi cama con él? Su amor siempre me perteneció y nunca ha dejado de pertenecerme. Mi cuerpo, recuerda no sólo cuánto él me amó, sino también aquellos deseos que por mí manifiestamente brillaban en sus ojos y cómo temblaba su voz. He aquí que el silencio fue integrado por el total de sus palabras, hablaba su boca sin mover los labios, su mirada de repente eran sus palabras...

Ahora que todo ya está en el pasado, parece casi como si los deseos aquellos regresaran una y otra vez. Cómo centellaban en los ojos que me miraban; cómo temblaban en la voz por mí, bien lo recuerda este cuerpo mío ya viejo. Jean, tú me has visto vagar por las calles, por las mismas calles que tu padre andaba y desandaba, y por los mismos barrios. Ay, hijo mío, para esa catástrofe yo no estaba preparada, nunca la imaginé tan repentina, tan violenta al caer sobre nosotros. Nuestra suerte declinó sin que nos diéramos cuenta, los planes de una vida juntos resultaron todos ilusiones.

Al amanecer se presentaron el doctor Yerovi y Clemente Ballén, a los que saludé apenas con un gesto. Yerovi lo auscultó y le tomó el pulso con lentitud, tratando de dar con los tenues latidos de un corazón que aún se resistía a detenerse. Sus signos vitales habían declinado notablemente. Yerovi nos dijo que no existía otra alternativa que la de esperar con tranquilidad el fatal desenlace. Mi Juan era sólo huesos y pellejo, su voz se apagaba por instantes y hacía esfuerzos por darle a Yerovi ciertas instruc-

ciones de última hora, la primera de ellas fue encomendarle y recomendarle el cuidado de nuestra pequeña familia.

Yo me fui a la habitación contigua, para que no me viera llorar y saqué de unos de los cajones de mi cómoda el rosario que perteneció a mi madre y recé en voz muy baja, pidiéndole al Todopoderoso no ya que le devolviera la salud, sino que le permitiera morir en paz y dignamente, como siempre anheló mi pobre Juan. A la sazón tú tenías apenas dos años y unos amigos te habían llevado a su casa, a pedido de Juan, para que no fueras testigo de esos momentos tan dolorosos. Mi propio calvario tuve que asumirlo a solas, porque nadie hubiera podido entenderlo sin prejuicios ni sospechas. Me tiemblan las manos cuando te escribo estas cosas, Jean, pero cuando leas esta carta no estaré a tu lado y tú deberás asumirla sin juzgar y menos condenar a tu padre y a mí.

A las diez de la mañana de aquel 17 de enero se le comenzó a apagar la conciencia y tres horas después, a la una de la tarde, expiró apaciblemente, sin estertores. Entonces me acerqué a él, mientras sus amigos bajaban la cabeza y por las mejillas de Yerovi se deslizaban las lágrimas y Clemente no despegaba los ojos del suelo. En silencio, de la triste alcoba ambos salieron. Coloqué un pequeño candelabro a su lado y prendí una vela, que a la pared arrojaba la sombra del cercano lecho, mientras rezaba. A intervalos se veía dibujarse rígida la forma de su cuerpo. Cerré sus ojos que aún tenía abiertos, tapé su cara con un blanco lienzo. Pasadas unas horas, de la casa, en un sencillo carruaje y luego en hombros, lo llevaron a la Iglesia de San Francisco de Sales y en una capilla dejaron el féretro. Allí un poco más tarde se ofició una misa de cuerpo presente. Rodearon sus restos de amarillas velas y de paños negros. Yo me senté en un banco en la parte más oscura del templo y desde allí contemplé desfilar a muchos de los que iban a nuestra casa y otras personas que me eran desconocidas.

Al dar las campanas los toques postreros, una anciana que estaba arrodillada junto al féretro dijo sus últimos rezos y cruzó la ancha nave, las puertas gimieron, y la iglesia quedó desierta. Medroso y triste, oscuro y yerto me parecía todo en aquel lugar. Horas después grupos de gente diversa con ropas de luto cruzaron en fila formando el cortejo. Alguien subió al púlpito y pronunció algo que sembraba un discurso. Dijo muchas cosas que yo ignoraba sobre tu padre. Yerovi y Ballén requirieron en esa iglesia una cripta donde depositar su cadáver, con el compromiso de pagar las mensualidades de su arrendamiento.

Pasaron por encima de la voluntad de Juan de que se lo enterrara en el Cementerio de Montmartre en el norte de la ciudad, por donde solía pasear y despejar algo de su perenne melancolía. Quería reposar, según me dijo en medio de su agonía, al lado del científico Foucault, de los poetas Gautier y Heine, del pintor Gustave Moreau y del compositor Offenbach, de los que me explicó su trascendencia. Todo cuando sé, en gran parte se lo debo a él y a su paciencia. Supe que hubo otra misa dos días después, a la que asistieron muchos más de sus compatriotas. Y que un embalsamador debió preparar aquel cuerpo tan laceraado, para que pudiera emprender un largo viaje a su país.

Salí de la iglesia, tratando de pasar desapercibida, y caminé sin rumbo fijo hasta que me encontré en el Jardín de Luxemburgo, por donde tu padre solía pasear en sus mejores días. Fui horas después por ti a la casa donde te dieron cobijo y regresamos a la nuestra, en donde me dediqué a poner todo en orden, a la manera como a mi Juan le gustaba que estuviera. Parecía que lo buscabas con la mirada y levantabas tus bracitos como queriendo que él volviera a cargarte. Vinieron a mí aquellas palabras que dijo a raíz de tu nacimiento: «Los niños son en la tierra lo que las estrellas en el cielo: inocentes, puros brillantes. La casa donde no hay niños es triste, solitaria, casi lúgubre».

En un rincón, donde no podías verme, me eché a llorar

sin consuelo y con ira contra mí, por no haber tenido la inteligencia ni los recursos para volver a arrancárselo a la muerte de su abrazo, como antes hice en tres ocasiones. Gran parte de mí también había muerto. La casa estaba llena de su presencia; todo lo que había allí le había pertenecido; todo lo que tocaba había formado parte de su vida. No sé si fue la voz de Juan a mis oídos, pero una fuerza irresistible me impulsó a esconder algún recuerdo suyo, antes de que sus amigos y los diplomáticos ecuatorianos vinieran por sus pertenencias. Por eso han llegado a ti este baúl con estas fotografías, ejemplares de algunas de sus obras, correspondencia... Junto al calor de su cuerpo y el amor que anida en mi corazón, es lo único que de Juan pude atesorar.

Todo se lo llevaron, empezando por los manuscritos de Juan. Irían, según dijo Yerovi que era su última voluntad, a manos de su sobrino Adriano. Su retrato y libros de su uso estaban asignados a su hermano Pancho, excepto *Los capítulos que se le olvidaron* a Cervantes que quedaron en manos de Clemente Ballén, que era cónsul general del Ecuador en París, quien se comprometió a gestionar su publicación. Un libro que el propio Yerovi le había obsequiado un año antes le sería entregado a su sobrino César. Y a la familia Montalvo dejaba sus prendas personales. Nada dijo Juan respecto a los muebles, pero al saber que desde hacía meses las cuentas del arriendo del apartamento corrían por mi cuenta, Yerovi decidió entregármelos en donación.

En algún lugar escribió respecto a mí: «La mujer que, con una abnegación rara, le había asistido durante su enfermedad». El pobre doctor no supo decirle a los Montalvo que esa abnegación rara respondía a sentimientos profundos, que sólo se podían explicar con la palabra amor, tan común en el hablar de estos intelectuales tan comedidos, para no decir hipócritas. Agustín Yerovi me escribió meses después de la muerte de Juan sobre las ges-

tiones que realizó con la familia Montalvo, y en especial con su hermano Pancho, interesándose en la nuestra, pero en particular en ti, Jean. Ellos le dijeron que harían cualquier sacrificio por llevarte y educarte, pero que el único inconveniente que habría para la realización de estos propósitos, era la situación pecuniaria nada desahogada de toda la familia Montalvo.

Te copio lo que el pobre doctor decía a continuación: «El medio seguro para que usted cuente con algunos auxilios, es que deje la publicación de las obras de don Juan. Con este objeto se están dando algunos pasos, hoy mismo se recogen suscripciones en toda la república». Nunca pedí a Yerovi que hiciera semejantes gestiones, pues los recuerdos de Juan en mi poder nunca los retuve con la intención de que me produjeran dinero, sino porque era una manera de tenerlo junto a mí. Tampoco estaba dispuesta a que te separaran de mí, bajo ningún concepto. ¿Cómo podía yo aceptar algo así?

Cada día repaso mis siete años al lado de tu padre y furtivamente me nacen sonrisas y mis pupilas se humedecen de lágrimas. Siempre, a la hora de conciliar el sueño, y al volver a mí los recuerdos de aquellos azarosos días, ruego a Dios que me deje ir con aquel a quien amo, que no me importa lo que cueste, que no quiero averiguar si es bueno, que no quiero saber cómo sería el tránsito, que sólo quiero estar con él. A veces hablo con su recuerdo y le digo que lo quiero. Que él bien sabe que lo quiero. Nunca he querido a nadie como lo quise a él.

Muy pronto debí ponerme a trabajar en mi antiguo oficio de costurera, a veces penosamente. Pude, sin embargo, no sin dificultad, permitirte proseguir tus estudios ayudada de tiempo en tiempo, aunque con limitaciones, hasta tus quince años, por Víctor Manuel Rendón, los hermanos Seminario, Carlos Winter, el cónsul Carbo, su sucesor y, cuando venía a Francia, el doctor Agustín Yerovi... Después de la muerte de Juan, estuvimos en con-

tacto con varios miembros de la colonia ecuatoriana en París y diplomáticos de allá.

Hay cosas, mi amado Jean, que te he ocultado hasta ahora sobre el trato que recibí del país de tu padre. Algunas se irán conmigo al sepulcro, porque no debo envenenar tu corazón al respecto, como ha estado el mío hasta hoy. Uno de los visitantes más asiduos de nuestra casa cuando Juan vivía era un señor que luego se deshizo en promesas de ayuda a nosotros y que, pasados los años, cuando eras periodista, tuviste que mover influencias para que no aflorara su nombre en aquel escándalo, a raíz de la muerte misteriosa de Alexandre Stavisky, alias «El bello Sacha», estafador ruso que puso en circulación billetes falsos por millones de francos. ¿Te lo agradeció alguna vez? No, que yo sepa...

Otra decepción fue la que tuve con Gonzalo Zaldumbide, quien supo de nuestra existencia, obtuvo de mí documentos de Juan cuando preparaba la edición de sus obras en la Editorial Garnier y trató de ocultarnos, a ti y a mí, a los ojos del mundo, por motivos que me sobrepasan. El doctor Yerovi se equivoca al escribir que a su muerte, y al hacer el inventario de sus libros, solo encontró de autores de ese entonces y ni siquiera un diccionario de lengua española. A instancias de los amigos de Juan, y luego de instaurado en 1895 un gobierno que decía abanderarse en sus ideas, le escribí a su presidente contándole de nosotros y solicitándole una ayuda para tu sostenimiento y educación, lo que consideré un derecho, en razón de lo que significó tu padre para el progreso del Ecuador.

Me contestó nada menos que el ministro de Relaciones Exteriores, el doctor José Peralta, el 21 de enero de 1901, de esta suerte: «Véame en caso de manifestar a Usted que mi Gobierno deplora, muy de veras, no poder proteger, como lo desea, a su hijo de Usted, puesto caso que éste no lleva siquiera el apellido del padre». Me sentí

ultrajada, hijo mío, Y en mi amargura decidí romper para siempre con Ecuador, con sus representantes oficiales y con quienes había considerado amigos de Juan. A partir de entonces no quise solicitar ninguna cosa a quien quiera que fuese, ni siquiera para permitirme proseguir tus estudios. Por eso sin mucho agrado recibí la visita de Olmedo Alfaro, hijo del general Alfaro, a quien ibas a ver, en contra de mis deseos. Atiende, Jean: hay que mantener la cabeza bien alta y quedarse como si no pasara nada. La cuerda cortada podría volver a anudarse, vuelve a aguantar, pero está cortada.

¿Cómo le conocí? Más de una vez te lo he contado, primero muy bajito al oído cuando aún no tenías entendimiento, en aquel cuartucho a donde fuimos a parar después de que entregáramos el apartamento en el que vivimos con tu padre. Fue en la camisería de la que él era cliente y en la que de tarde en tarde escogía las más finas prendas en las que hacía bordar sus iniciales con un tipo de letras dispuestas en su forma por él mismo. Bordar era uno de mis oficios y me llamaron para que aquel cliente caprichoso me explicara en persona cómo quería que fueran sus rasgos y el color que debía aparecer en todas. Trajo la figura dibujada en un fino papel de hilo y vi sus manos mientras me daba sus indicaciones. Casi instintivamente alcé mis ojos a su rostro y nuestras miradas se cruzaron. Sentí un extraño calor en mi pecho, que se hizo mayor cuando nuestras manos se tocaron.

En la noche, a la salida del taller, soportando el frío invierno parisino, a la intemperie, Juan me esperaba. Y con él me fui y a él me entregué, y con él sigo estando y a él me entrego cada vez que lo imagino delante de mí, pese a que ya soy una anciana. Por él lo abandoné todo, lo seguí por todas partes e hice todo lo que se le ocurrió que hiciese. El nuestro fue un amor constante, inverosímilmente feliz. Tal vez esto sea pecado, quizás Dios no llegue a perdonármelo, pero es mi único bien, ninguna otra cosa

poseo; tú me has tenido que albergar en tu casa y sostenerme en esta última etapa de mi existencia.

Tuvimos que afrontar, como sabes, muchas penurias, pero cuando fuiste llamado a filas al comienzo de la Guerra Grande, creí que todo se derrumbaba a mi alrededor. En toda esa desolación, incertidumbre, de esos años en que la lucha por la sobrevivencia era la consigna diaria, en procura de apoyo y protección concebí con un buen hombre a tu hermana, algo que, estoy segura, Juan hubiera entendido y aceptado. Dudo que valiera tanto como Juan y que para él fuera amor de verdad. ¿Dónde están las lágrimas de entonces? ¿Dónde la nieve y el hambre que pasamos? Gracias a Dios todo pasa deprisa, la pena incluso, pero mucho se envejece mientras tanto.

Te ruego que te abstengas de juzgar, pues toda criatura necesita ayuda de todas las demás. ¡No te dejes convencer! Lo que no sabes por ti, no lo sabes. ¡Comprueba lo que te cuento tú mismo! Gracias a la Providencia, a la que tu padre nunca dio la espalda y que invocó en todos los momentos de su agonía, saliste con vida de ese espectáculo de muerte, mutilaciones, destrucción y crueles sufrimientos. Vinieron años de hambre y enormes vicisitudes, pero tú te forjaste tu propio camino, estoy segura que con el auxilio y la dirección de mi pobre Juan. De noche, a veces, veo su cara, pálida en el viento, fuerte y vuelta hacia mí, y me inclino ante el viento. Lluve contra la tarde y su recuerdo, sobre el tintero vacío quedó la pluma con que escribí todo lo anterior...